



RENUNCIAR

A SÍ MISMO

ANTE DIOS

RENUNCIAR A SÍ MISMO ANTE DIOS

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

49368

VISITAS PARA ESCUCHAR LOS LIBROS POR INTERNET

TOTAL DE EJEMPLARES 870,000 REGALADOS

174 LIBROS

TOTAL DE VISITAS 49,368 Y LIBROS REGALADOS 870,000 = 919,368

Primera Edición

JULIO 2017

5,000 Ejemplares

RENUNCIAR A SÍ MIMO ANTE DIOS



Hemos visto que la estrecha puerta que permite acceder a la vida espiritual estriba en comprender que el amor a Dios, y, por ende, al prójimo, es lo que realmente vale la pena hacer en la vida, es lo que colma el alma. Es en cierto sentido un salto en el vacío, porque no vale un deseo a medias, un convencimiento parcial, es decir, “tiene algunos aspectos positivos”, es un salto tan radical que aparejado a ese convencimiento hay otro fundamento que puede expresar con otras palabras ese mismo anhelo, renunciar a uno mismo.

Esta renuncia a uno mismo apareja multitud de connotaciones negativas porque puede interpretarse con un sin fin de argumentos o

razonamientos que no son correctos. No es un negarse a sí mismo porque sí, una especie de sentimiento autodestructivo, ¡todo lo contrario!, se trata de negar el Ego que cada uno de nosotros lleva dentro. Negando el Ego es como podemos crecer en amor, como podemos llevar a la máxima expresión la capacidad de ser humanos, o lo que es lo mismo, es lo que da pleno sentido el sentirse hijos de Dios. Pero una cosa es acceder a la vida espiritual con ese anhelo, y otra muy distinta vivir esa renuncia, y eso es precisamente lo que descubrimos, en concreto vamos a experimentar a vencer sobre nuestras inclinaciones y deseos.

Hemos llegado a una situación en la vida en la que debemos renunciar a algo que nuestro Ego ansía con mucha intensidad y esto ocasiona un conflicto interno, un conflicto que nos hace perder la paz, y que, como ya hemos dicho antes, es síntoma inequívoco de que debemos aprender a dirigir la mirada del alma en la orientación apropiada. Pueden



surgir infinidad de situaciones donde uno renuncia a un plan, por ejemplo, que le apetece más y decide hacer caso a lo que nos plantea nuestra pareja,

una amistad, un compañero de trabajo. Ceder es en parte un síntoma de renuncia a uno mismo y también una señal de madurez. Estas pequeñas renunciadas es posible que no nos alteren porque el día a día de una persona mínimamente amable, madura, obliga a vivir de esta manera. Pero sucederá tarde o temprano que lo que se nos plantee, sea algo que no estamos dispuestos a renunciar, bien sea porque se han acumulado ya muchas pequeñas renunciadas, bien sea por una ilusión personal, o por un criterio propio

hondamente arraigado y en esa intensa lucha que se libraré dentro de nosotros habremos de vivir un acto de entrega, generosidad, amor, en el que gratuitamente, deseando el bien de la otra persona, de su otro interés opuesto al mío, cedamos.

Es aquí, en este grado, cuando se aprecian las palabras de Jesús, “mi yugo es suave y mi carga ligera” y es que, cuando se vence uno a sí mismo no sólo el sentido de humanidad y de capacidad de amar crece, sino que contemplando las diferencias entre una forma de obrar y otra, se observa que una procura paz y la otra siembra discordia. Si salimos vencedores por imposición habrá una herida, un conflicto mal cerrado entre las personas que dirimían sus diferencias y esa herida se convertirá en un muro de incomprensión y muy probablemente en fuente de nuevas disputas. Si negociamos un acuerdo “ahora me toca a mí, después te toca a ti” parece justo, es razonable según el sentido común, pero no deja de ser la negociación entre dos Egos. No



es un acto de amor y por tanto no es perfecto, y no procurará una auténtica paz.

Renunciar a la propia voluntad en favor del prójimo, es algo que hecho sinceramente nos hace generosos de corazón, con

mayor capacidad de amar, no puede compararse la dicha de vencerse a uno mismo con la satisfacción que pueda dar el ver cumplido nuestro deseo. Cuando aprendas a vencerte en este terreno, sinceramente, sin reservas, habrás dado un importante paso en tu vida interior hacia el amor de Dios.

La doble regla de la vida cristiana: no somos nuestros; somos del Señor. Aunque la Ley del Señor,

dispone de un método perfectamente ordenado para la recta instrucción de nuestra vida, sin embargo, nuestro buen y celestial Maestro ha querido formar a los suyos en una regla aún más exquisita que la contenida en su Ley.

La obligación de los fieles es ofrecer sus cuerpos a Dios "en sacrificio vivo, santo, agradable"; y que en esto consiste el legítimo culto. De ahí, se sigue la exhortación de que no se conformen a la imagen de este mundo, sino que se transformen renovando su entendimiento, para que conozcan cuál es la voluntad de Dios. Evidentemente es un punto trascendental saber que estamos consagrados y dedicados a Dios, a fin de que ya no pensemos cosa alguna, ni hablemos, meditemos o hagamos nada que no sea para su gloria; porque no se pueden aplicar las cosas sagradas a usos profanos.

Y si nosotros no somos nuestros, sino del Señor, bien claro se ve de qué debemos huir para no



equivocarnos, y
hacia dónde
debemos
enderezar todo
cuanto
hacemos. No
somos nuestros;
luego, ni

nuestra razón, ni nuestra voluntad deben presidir nuestras resoluciones, ni nuestros actos. No somos nuestros; luego no nos propongamos como fin buscar lo que le conviene a la carne. No somos nuestros; luego olvidémonos en lo posible de nosotros mismos y de todas nuestras cosas.

Por el contrario, somos del Señor, luego, vivamos y muramos para Él. Somos de Dios, luego que su sabiduría y voluntad reinen en cuanto emprendamos. Somos de Dios; a Él, pues, dirijamos todos los momentos de nuestra vida, como a único y legítimo fin. ¡Cuánto ha adelantado el que, comprendiendo que no es dueño de sí mismo, priva

del mando y dirección de sí a su propia razón, para confiarlo al Señor! Porque la peste más perjudicial y que más arruina a los hombres es la complacencia en sí mismos y no hacer más que lo que a cada uno le place. Por el contrario, el único puerto de salvación, el único remedio, es que el hombre no sepa cosa alguna ni quiera nada por sí mismo, sino que siga solamente al Señor, que va mostrándole el camino.

El hombre, que se aparte de sí mismo, que se niegue a sí mismo, para de esta manera aplicar todas las fuerzas de su entendimiento al servicio de Dios. Llamo servicio, no solamente al que consiste en obedecer a la Palabra de Dios, sino a aquél que se despoja del sentimiento de su propia carne, se convierte enteramente y se somete al Espíritu de Dios, para dejarse guiar por Él.

Olvidémonos de nosotros mismos, o por lo menos intentando no hacer caso de nuestra razón, procuremos con toda diligencia servir a Dios y



guardar sus
mandamientos.

Porque al
mandarnos la
Escritura que no
nos preocupemos
de nosotros, no

solamente arranca de nuestros corazones la avaricia, la ambición, sino que también desarraiga la ambición y todo apetito de gloria mundana, y otros defectos ocultos. Porque es preciso que el cristiano esté de tal manera dispuesto y preparado, que comprenda que mientras viva debe entenderse con Dios. Con este pensamiento, viendo que ha de dar cuenta a Dios de todas sus obras, dirigirá a Él con gran reverencia todos los designios de su corazón, y los fijará en Él. Porque el que ha aprendido a poner sus ojos en Dios en todo cuanto hace, fácilmente aparta su entendimiento de toda idea vana. En esto consiste aquel negarse a sí mismo que Cristo con tanta diligencia inculca y manda a sus discípulos, durante

su aprendizaje; el cual una vez que ha arraigado en el corazón, primeramente, destruye la soberbia y luego, la avaricia y los demás vicios que nacen del amor de nosotros mismos.

Pero aún no hemos expuesto completamente cuántos y cuan grandes obstáculos impiden al hombre dedicarse a obrar bien mientras que no ha renunciado a sí mismo. Pues es verdad aquel dicho antiguo, según el cual en el alma del hombre se oculta una infinidad de vicios. Y no hay ningún otro remedio, sino renunciar a nosotros mismos, no hacer caso de nosotros mismos, y elevar nuestro entendimiento a aquellas cosas que el Señor pide de nosotros, y buscarlas porque le agradan al Señor.

"La gracia de Dios", se ha manifestado para salvación de todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a lo malo y a los deseos mundanos, vivamos en forma justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación



gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo, quien se dio así mismo por nosotros para redimirnos de

toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras".

Renunciar a nosotros mismos en parte se refiere a los hombres, y en parte se refiere a Dios; y esto es lo principal.

Si Dios nos ha enriquecido con algún don estimable, al momento nuestro corazón se llena de soberbia, y nos hinchamos hasta reventar de orgullo. Los vicios de que estamos llenos los encubrimos con toda diligencia, para que los otros no los conozcan, y hacemos entender adulándonos, que nuestros defectos son insignificantes y ligeros; e incluso muchas veces los tenemos por virtudes. En cuanto a los dones con que el Señor nos ha enriquecido, los

tenemos en tanta estima, que los adoramos, Mas, si vemos estos dones en otros, o incluso mayores, al vernos forzados a reconocer que nos superan y que hemos de confesar su ventaja, los oscurecemos y rebajamos cuanto podemos. Por el contrario, si vemos algún vicio en los demás, no nos contentamos con observarlo con severidad, sino que odiosamente lo aumentamos.

No hay, pues, más remedio que desarraigar de lo íntimo del corazón esta peste infernal de engrandecerse a sí mismo y de amarse desordenadamente, como lo enseña también la Escritura. Según sus enseñanzas, los dones que Dios nos ha dado hemos de comprender que no son nuestros, pues son mercedes que gratuitamente Dios nos ha concedido; y que, si alguno se ensoberbece por ellos, demuestra por lo mismo su ingratitud. Por otra parte, al reconocer nuestros vicios, deberemos ser humildes. Con ello no quedará en nosotros nada de que gloriarnos; más bien encontraremos materia para rebajarnos.

ORACIÓN

Consciente de mi pequeñez y de mi grandeza, así me presento ante Ti. Por otro lado, me siento grande si te tengo a Ti, si me asemejo a Ti, si correspondo a tu designio de ser tu imagen, de ser tu semejanza. Así sea.

AMÉN

